Carolina y la Casa de las Posibilidades

MÓNICA VILLEGAS

La Casa de las Posibilidades

DERECHOS DE AUTOR

© 2026 Mónica Villegas López. Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por derechos de autor. Queda prohibida su reproducción, distribución, modificación o comercialización, total o parcial, sin autorización previa y por escrito de la autora, salvo los usos permitidos por la legislación aplicable.

La descarga gratuita de este ebook no autoriza su reventa ni su distribución no autorizada.

Obra: Carolina y la Casa de las Posibilidades
Proyecto: Escribir para Crear

PRIMERA VERSIÓN

Índice

01 — Introducción

02 — CAPÍTULO 1. El día en que Carolina quiso desaparecer

03 — CAPÍTULO 2. Botón de Reinicio

04 — CAPÍTULO 3. El Árbol de los Pretextos

05 — CAPÍTULO 4. Claridad Inversa

06 — CAPÍTULO 5. El Cajón de las Cosas que Sí Importan

CIERRE DE LA PRIMERA PARTE: La primera puerta no era la salida

CAROLINA Y LA CASA DE LAS POSIBILIDADES
Una pausa antes de continuar

Hay momentos en los que nuestra vida parece funcionar perfectamente para todo el mundo, excepto para nosotros.

Cumplimos con el trabajo, atendemos a la familia, resolvemos pendientes y encontramos soluciones para problemas que, en ocasiones, ni siquiera son nuestros. Nos volvemos expertos en organizar agendas ajenas, apagar incendios y cumplir expectativas. Hasta que un día descubrimos que llevamos tanto tiempo ocupándonos de todo que hemos dejado de preguntarnos qué queremos hacer con nuestra propia vida.

Carolina conoce bien esa sensación. A sus treinta y cuatro años, ha desarrollado una habilidad extraordinaria para resolver casi cualquier problema. Es responsable, creativa, generosa y siempre encuentra la manera de salir adelante. Si alguien necesita ayuda, ahí está ella. Si surge un imprevisto, Carolina tiene una solución. Si aparece una oportunidad, también tiene una lista de razones para posponerla.

Pero una cosa es saber resolver problemas y otra muy distinta es saber qué hacer con los propios sueños, todo eso cambió una noche en el lugar menos extraordinario de su casa, cuando ecuentra un objeto que parece no tener ninguna razón para existir: un botón rosa con una palabra impresa en el centro. REINICIAR.

Lo que sucede después no tiene demasiado sentido. Una puerta aparece donde antes había una pared y, al cruzarla, Carolina descubre una casa que no figura en ningún plano y que parece conocer demasiado bien las preguntas que ella lleva años evitando.

La Casa de las Posibilidades no le ofrece una vida perfecta, ni una lista de pasos para convertirse en una mejor versión de sí misma antes del próximo lunes. En cambio, la recibe con habitaciones, objetos, preguntas y situaciones que la obligan a mirar de otra manera aquello que siempre había dado por sentado.

Cada puerta abre una posibilidad. Cada objeto guarda una pregunta. Y cada descubrimiento la acerca a una conversación que ha pospuesto durante demasiado tiempo: la que necesita tener consigo misma.

Esta es la primera parte de un recorrido en el que la imaginación se encuentra con la vida cotidiana, el humor acompaña las preguntas incómodas y la escritura se convierte en una forma de explorar lo que a veces resulta difícil decir en voz alta.

No necesitas parecerte a Carolina para reconocer alguna de sus contradicciones. Tal vez también has dicho que no tienes tiempo cuando, en realidad, no sabes por dónde empezar. Quizá has confundido ser responsable con hacerte cargo de todo, o has esperado tanto para sentirte preparado que tu proyecto favorito ya parece tener antigüedad suficiente para jubilarse. Si algo de esto te resulta familiar, puedes acompañarla.

Carolina está a punto de cruzar su primera puerta. y tú estás a punto de descubrir qué posibilidades aparecen cuando te atreves a mirar tu vida desde otro lugar.

CAPÍTULO 1.

El día en que Carolina quiso desaparecer



CAPÍTULO 1.

El día en que Carolina quiso desaparecer

Carolina tenía 34 años y contaba con una habilidad extraordinaria: daba solución a casi cualquier cosa, excepto a la pregunta de qué quería hacer con su propia vida.

A las 7 de la mañana ya había encontrado una mochila perdida, contestado cuatro mensajes y en su mente tenia desmenuzada a detalle la agenda del día. Su teléfono vibraba con notificaciones de gente pidiendo su apoyo para resolver algo, ya fuera organizar una reunión, comprar los boletos para ir al teatro o simplemente que les compartiera la receta de sus famosos chilidogs.

Carolina llegó temprano a su oficina, respiró profundamente y antes de encender su computadora, lo que había vivido en casa se replicó ahora con algunos de sus compañeros. Alguien de su equipo le pidió ayuda con algo “rapidísimo”. Carolina sabía que “rapidísimo” era una unidad ficticia que habita en una línea de tiempo a la cual no tenía acceso. Aun así, dijo que sí.

Al mediodía, en su bandeja de entrada estaba un correo que cambió el ritmo de su día. Era una invitación de un consultor para presentarle ese proyecto creativo que llevaba años guardando en carpetas con nombres cada vez más optimistas: “Proyecto final”, “Ahora sí”, “Versión definitiva”, “Definitivo” y, su favorito, “Cuando los astros se alineen”.

Carolina leyó el mensaje tres veces, revisó el remitente para verificar que fuera real (sabía que, ante tanta suplantación de identidad, lo mejor era siempre cuidar quien le escribía a su correo).

Su primera reacción fue alegría, que después se transformó en miedo. Lo siguiente que hizo fue abrir una hoja de excel para calcular por qué no podía hacerlo.
—No tengo tiempo.
Lo dijo en voz alta. No tenía tiempo, le sobraban pendientes, tenía una larga lista de compromisos y había gente que contaba con ella. Tenía todo para decir que no a esa oportunidad.

Por la tarde decidió rechazar la oportunidad, escribió agradeciendo, pero se justificó aclarando que su agenda estaba llena y no podría cumplir con ellos.

La jornada laboral terminó, pasó a la panadería a comprar unas cosas que le había encargado una amiga, se detuvo a revisar una librería cercana a casa para investigar si era opción para dar un taller con su socia y fue casi a las 8pm que llegó a su casa. Esa noche, cuando se disponía a descansar, Carolina entró en la cocina.

Abrió el refrigerador y no hallo nada que le interesara, el picadillo del mediodía no era opción para cenar si quería llevar lonche para mañana, el queso y las tortillas anunciaban que las quesadillas serían la solución a sus problemas.

Después de sacar lo necesario para cenar, abrió la alacena e, igual que con el refrigerador, la cerró al no hallar nada interesante más que las mismas galletas de fresa que le gustaban desde niña.

Mientras cenaba sus quesadillas abrió el cajón donde vivían las cosas que nadie sabía dónde guardar: cables, baterías, recibos, una llave sin puerta y un botón rosa que no había visto antes.

Carolina tomó el botón, no era de ropa, sino como esos que timbras cuando estás en un concurso, lo especial es que tenía impresa al centro la palabra REINICIAR.

Lo dejó sobre la mesa, fue a comer sus galletas para dar por concluida su cena y un par de minutos después lo tomó. Lo presionó y fue entonces que la cocina desapareció.

Donde estaba la pared apareció una puerta con una frase. NO NECESITAS CAMBIAR DE VIDA. NECESITAS PAUSAR Y MIRARLA DE OTRA MANERA.

Carolina miró hacia todos lados, pensó que estaba soñando, de repente la puerta se abrió. Ella hizo lo que hacen las personas sensatas cuando se encuentran una puerta imposible en su cocina a medianoche. Entró, porque eso de ser sensata nunca había sido lo suyo, para ser honestas.

Aquella noche Carolina todavía no sabía que cada uno de los objetos que encontraría después respondería a una pregunta que ella tenía dando vueltas en su mente. La Casa de las Posibilidades no iba a regalarle respuestas. Iba a quitarle, una por una, las excusas que usaba para no formularlas.

CAPÍTULO 2.

Botón de Reinicio



CAPÍTULO 2.
Botón de Reinicio

La habitación a la cual entró estaba casi vacía, la sensación era similar a la que pensó habría tenido Alicia cuando fue tras el conejo blanco y cayó hasta el País de las Maravillas, solo que en este caso no alcanzaba a ver si estaba dentro de un sueño o era real lo que estaba viviendo.

En el lugar había una mesa, una silla y un cuaderno. Carolina esperaba encontrar una explicación o una persona que le diera la bienvenida. El cuaderno morado tenía una portada escarchada en plateado que decía en letras grandes. BOTÓN DE REINICIO.

Carolina lo abrió y en cada página vio una serie de palabras impresas, sin explicaciones y con un gran espacio en blanco para ser llenado.

· PAUSA.
· OBSERVA.
· VACÍA.
· RECONOCE.
· ELIGE.
· ENFOCA.
· REINICIA.

Ella se sentó y vio que al final de la última palabra estaba una hoja suelta con una serie de instrucciones:

“Durante tres minutos no resuelvas nada.” Carolina miró el reloj.

—Esto va a ser fácil, juguemos a ver qué sucede.

A los 30 segundos quiso levantarse, al minuto pensó en revisar el teléfono y recordó tres cosas pendientes. Al minuto y medio decidió que 3 minutos eran una exageración innecesaria y entonces apareció una frase escrita en el cuaderno: Estoy cansada.

Carolina abrió los ojos y pensó que eso no era novedad para nadie, en eso la frase cambió: Estoy cansada de ser necesaria todo el tiempo.

Ella dejó de sonreír y habiendo pasado los tres minutos se enfocó en escribir atendiendo la indicación de vaciar, empezando por preguntarse: ¿Qué necesito vaciar?

Y así fue como dio inicio a una descarga mental que tenía años de no hacer, terminando con una lista que decía:

Muchos pendientes, expectativas, culpas, la necesidad de querer quedar bien con todos, el miedo a decepcionar, la idea de que descansar es solo desperdiciar tiempo.

Y, después de mucho dudar llegó a la cereza del pastel: El proyecto que llevo años posponiendo.

Se quedó mirando esa última frase y se dio cuenta que no quería vaciarlo, realmente quería hacerlo. La pregunta siguiente apareció en el cuaderno: “Entonces, ¿por qué lo sigues guardando?”

Carolina escribió: Porque si lo intento y fracaso, tendré una respuesta. ¿Y si no lo intento? No tendré respuesta.

La habitación quedó en silencio y empezó a sentir como si una cubeta de agua helada cayera por su espalda. Carolina comprendió que su problema

no era la falta de claridad. Era que había convertido a la incertidumbre en la excusa perfecta para no decidir.

Fue entonces que en la última página apareció: ¿Qué quieres reiniciar? Carolina escribió: La relación que tengo conmigo. El cuaderno se cerró y debajo apareció una llave y en la pared apareció una puerta verde. Ella guardó el cuaderno y decidió avanzar.

Carolina tomó la llave, dando por hecho que su siguiente paso ya estaba escrito. La puerta se abrió hacia un enorme jardín y desde el otro lado llegó un ruido parecido a su propia risa, era como si esa pausa le hubiera relajado y esa risa tranquila era el reflejo de cómo se sentía.

Fue entonces que sintió una mezcla de alivio y responsabilidad. Había al fin descubierto que detenerse no era quedarse quieta. Era dejar de correr en una dirección elegida por inercia donde se cumplen las necesidades de todos menos las suyas.

CAPÍTULO 3.

El Árbol de los Pretextos



CAPÍTULO 3.
El Árbol de los Pretextos

Detrás de la puerta había un jardín precioso que le volvió a recordar el cuento de Alicia y rogaba que no se le apareciera la reina de corazones. En el centro crecía un árbol enorme y de sus ramas colgaban diferentes etiquetas de todos los tamaños.

· NO TENGO TIEMPO.
· NO ES EL MOMENTO.
· DESPUÉS.
· PRIMERO TENGO QUE RESOLVER TODO.
· NO SÉ SUFICIENTE.
· ¿Y SI NO FUNCIONA?
· ¿QUÉ VAN A PENSAR?

Carolina caminó alrededor del árbol pensando que eso se parecía mucho a su agenda, de pronto escuchó una voz.

-No. Tu agenda tiene menos excusas.
Carolina levantó la mirada.
- ¿Quién eres? Preguntó llena de curiosidad
-La pregunta no es quién soy. La pregunta es cuánto tiempo llevas con este árbol.

Después volteó a una mesita donde encontró unas tijeras y empezó a cortar una por una, primero cortó “DESPUÉS”. La rama se liberó. Cortó “NO TENGO TIEMPO”. Otra rama se levantó.

Entonces vio una etiqueta pequeña: TENGO MIEDO. No la cortó porque no la sintió como pretexto sino como una verdad absoluta. Carolina se sentó debajo del árbol con las tijeras en la mano, con muchas dudas.

- ¿Qué hago con ella?
-Pregúntale para qué existe, fue la respuesta.

Carolina tardó en hacerlo, pero si ya estaba ahí no iba a desperdiciar el tiempo.

- ¿Para qué estás aquí?, le preguntó a esa etiqueta.
El miedo respondió:
- Para evitar que vuelvas a equivocarte. Carolina sintió angustia y un nudo en el estómago.
- ¿Y si no quiero que decidas por mí?

El miedo no contestó. Carolina tomó la etiqueta y la giró, en el reverso había otra frase:
“Puedo tener miedo y avanzar.”

Sacó la libreta que traía de la estación pasada y la escribió en grande. En eso el árbol cambió, algunas hojas cayeron y otras aparecieron.

Carolina comprendió que no necesitaba ser una persona sin excusas. Solo necesitaba aprender a distinguir entre una razón real y una que es mera invención para protegernos de algo. De pronto entre tantas ramas llegó a la excusa más grande de todas: NO ES EL MOMENTO.

La miró y pensó en los años que había pasado esperando el momento que se sintiera correcto para emprender algo.

- ¿Y si nunca llega?
La voz respondió:
-Entonces tendrás que empezar a construirlo.

Carolina cortó la etiqueta, la rama cayó y debajo apareció una puerta de espejo donde pudo ver su reflejo.
-Genial.
La voz preguntó:
- ¿Qué?
-Ahora seguramente tengo que hablar conmigo misma.
-Exactamente.
-Eso sí me preocupa, respondió con una sonrisa.

Y abrió la puerta. Mientras caminaba hacia la puerta de espejo, Carolina comprendió que una excusa podía ser muy elegante, que otras parecían disfrazarse de responsabilidad, de prudencia o incluso de sentido común. Por eso eran tan difíciles de reconocer, lo complicado era transformarlas en razones para tomar valor y seguir avanzando.

CAPÍTULO 4.

Claridad Inversa



CAPÍTULO 4.

Claridad Inversa

En la Casa de las Posibilidades la siguiente escala era una habitación llena de espejos y en cada uno de ellos aparecía una Carolina distinta, la que decía a todo que sí, la que siempre resolvía, la que cuidaba, la que siempre trabajaba, la que posponía, la que soñaba y decía que algún día.

Entonces una pregunta apareció en uno de los espejos:
¿QUÉ QUIERES?
Carolina pensó y no pudo responder. La pregunta cambió, si no sabes lo que quieres, entonces deja te pregunto:
¿QUÉ ES LO QUE YA NO QUIERES?
La respuesta llegó inmediatamente. No quiero vivir corriendo, ni quiero sentir culpa cuando descanso, no quiero esconder mis proyectos, ni pedir permiso para querer algo, además no quiero vivir una vida que funciona para todos menos para mí.

Cada respuesta encendía un espejo y Carolina caminó entre ellos hasta que encontró uno diferente. Mostraba una versión de ella que había aceptado la oportunidad. La miró detenidamente. No parecía más rica, ni más joven, ni más exitosa. Solo parecía más presente en el aquí y ahora.
- ¿Esa soy yo?
El espejo respondió:
-Podrías serlo.
Carolina tocó el cristal.
- ¿Y qué tengo que perder?
La imagen cambió. Aparecieron cosas que tendría que soltar de una vez: la aprobación externa, el control, la comodidad, la certeza, la posibilidad de querer culpar al tiempo.
Carolina retrocedió.
-Eso es mucho.
-Crear algo nuevo siempre modifica el espacio que ocupaba lo anterior.

La frase se quedó con ella y se dispuso a escribirla en su cuaderno. Al salir de esa habitación, la puerta la llevó a una habitación con un enorme cajón. Sobre él estaba escrito: LAS COSAS QUE SÍ IMPORTAN.

Carolina entendió que antes de decidir qué quería en su vida tendría que decidir qué merecía quedarse. El cajón apareció precisamente porque Carolina había logrado una claridad que todavía no sabía sostener. Saber qué no quería era liberador; decidir qué sí merecía espacio sería mucho más difícil.

CAPÍTULO 5.

El Cajón de las Cosas que Sí Importan



CAPÍTULO 5.

El Cajón de las Cosas que Sí Importan

El cajón era gigantesco, Carolina lo abrió y encontró su vida convertida en objetos. Había fotografías, cartas, juguetes, libretas, recuerdos y cosas que había guardado por pura costumbre.

En eso encontró una libreta vieja donde estaba la primera versión de su proyecto. Tenía ideas escritas con mucho entusiasmo y una frase que le hizo detenerse: “Algún día quiero hacer algo que ayude a otras personas a empezar.” Carolina se sentó en el suelo.

- ¿Yo escribí esto?

La voz respondió:

-Sí, hace algunos años.

- ¿Por qué lo abandoné?, le preguntó como si tuviera las respuestas a esas dudas que solo ella podía responder.

La voz tardó.

-Eso tendrás que contestarlo tú.

Carolina siguió buscando y encontró una fotografía de una versión más joven de sí misma, una carta, una lista de sueños donde algunos estaban cumplidos, otros habían cambiado con el tiempo y otros simplemente seguían esperando.

La instrucción que le dio la voz era sencilla: “Solo puedes conservar cinco cosas.”

Carolina protestó, eligió la fotografía, la vieja libreta, una carta, un libro y el proyecto que tanto había soñado hacer realidad. Todos los demás objetos quedaron dentro del cajón.

Al terminar la selección sintió culpa, pero comprendió que priorizar no era declarar que algunas personas o experiencias no importaban. Era tan solo decidir qué iba a recibir su atención.

De pronto la libreta del proyecto se abrió sola y en la primera página apareció una pregunta:
¿QUÉ TENDRÍA QUE CAMBIAR PARA QUE ESTO DEJE DE SER UN SUEÑO?

Carolina respondió: Yo. En ese momento la siguiente puerta se abrió.

Con la libreta en las manos, Carolina comprendió que un sueño guardado durante años también puede convertirse en un objeto pesado. No pesa porque sea imposible, sino porque cada vez que lo miras recuerda una promesa que todavía no has cumplido.

Hasta ese momento la Casa de las Posibilidades la había dado un viaje que tenía el potencial para cambiar el resto de su vida.

CIERRE DE LA PRIMERA PARTE.

La primera puerta no era la salida



CIERRE DELA PRIMERA TEMPORADA

La primera puerta no era la salida

Carolina llegó a la Casa de las Posibilidades creyendo que su problema era el tiempo. Después de atravesar sus primeras habitaciones, descubre que el tiempo era apenas una parte de la historia.

También estaban las expectativas que había asumido como propias, el miedo a equivocarse, la necesidad de ser indispensable para los demás y la costumbre de aplazar sus deseos hasta que todo estuviera resuelto.

Pero la vida rara vez entrega ese momento perfecto. Siempre habrá algo pendiente, alguien que necesite ayuda, una responsabilidad que atender o una razón aparentemente sensata para dejar nuestros propios proyectos para después.

Por eso, el primer recorrido de Carolina no trata de enseñarle a hacer más cosas en menos tiempo. Trata de ayudarla a formular preguntas distintas.

¿Qué sucede cuando dejamos de reaccionar en automático y nos damos permiso de observar?
¿Cuántas de nuestras decisiones responden a lo que realmente valoramos y cuántas a lo que tememos perder?
¿Qué espacio queda para nuestros proyectos cuando toda nuestra energía está comprometida con sostener lo que ya existe?

A través del Botón de Reinicio, el Árbol de los Pretextos, los espejos de la Claridad Inversa y el Cajón de las Cosas que Sí Importan, Carolina comienza a recorrer cuatro movimientos fundamentales:

Detenerse, reconocer los obstáculos que ha normalizado, identificar aquello que ya no quiere sostener y recuperar la capacidad de elegir sus prioridades.

Este viaje dialoga con distintas tradiciones de la psicología y ciencias del comportamiento. La teoría de la autodeterminación de Edward L. Deci y Richard M. Ryan, destaca la importancia de la autonomía para la motivación y el bienestar.

La investigación sobre las narrativas personales, asociada con autores como Dan P. McAdams, permite comprender cómo es que interpretamos nuestra experiencia y construimos una idea de quiénes somos.

Por su parte, la flexibilidad psicológica, estudiada por Steven C. Hayes y otros, plantea la posibilidad de reconocer pensamientos y emociones que son difíciles, sin tener que convertirlos necesariamente en instrucciones que determinen nuestras acciones.

Estas perspectivas no ofrecen una fórmula única para resolver la vida, sino proporcionan marcos para comprender por qué detenerse, observar los propios patrones y actuar de acuerdo con aquello que reconocemos como importante y pueden convertirse en puntos de partida para el cambio.

La Casa de las Posibilidades traduce esas preguntas en una experiencia narrativa. Sus habitaciones no dictan respuestas, ni prometen dar esas transformaciones instantáneas que muchos buscan.

Funcionan como escenarios simbólicos en los que Carolina reconoce sus contradicciones, pone en duda sus explicaciones habituales y le invita a descubrir alternativas que antes no se permitía considerar.

La historia tampoco propone que el miedo desaparezca antes de actuar, que las responsabilidades dejen de existir o que elegirnos implique dejar de cuidar a los demás. Su planteamiento es más realista: podemos aprender a distinguir entre una responsabilidad genuina y una obligación que es asumida por inercia; entre una limitación concreta y una que es simplemente una excusa que nos protege de la incertidumbre; entre conservar algo por convicción y mantenerlo simplemente porque siempre ha estado ahí.

Al terminar este primer recorrido, Carolina todavía no ha construido el proyecto que lleva años posponiendo. Tampoco tiene un plan perfecto ni todas las respuestas que buscaba. Lo que ha comenzado a cambiar es su manera de mirar su propia vida.

Porque antes de diseñar un futuro diferente, quizás necesitamos revisar las decisiones, los hábitos y las historias personales que nos han traído hasta aquí. Antes de incorporar nuevas metas, necesitamos reconocer qué es lo que merece nuestro tiempo. Y antes de exigirnos valentía, aprender de una vez por todas a escuchar el miedo sin entregarle el control.

Esta primera temporada constituye, así, una unidad narrativa que tiene un propósito definido: conducir a Carolina desde la saturación y postergación galopante hacia una primera forma de conciencia y elección.

No es la representación del final de su transformación, sino la adquisición de una nueva perspectiva desde la cual podrá continuarla.

La Casa no le ha entregado una vida nueva. Le ha devuelto la posibilidad de participar conscientemente en la construcción de la suya y quizás esa sea la primera posibilidad que necesitaba descubrir.

A veces, reiniciar no significa empezar de cero. Significa dejar de vivir en automático y comenzar a elegir qué queremos hacer con lo que ya somos.

Por hoy la siguiente puerta sigue esperando y la Casa de las Posibilidades nos señalará el camino cuando hayamos recorrido esta primera parte.

FIN DELA PRIMERA PARTE

Para conocer más de ESCRIBIR PARA CREAR, visita mi blog, haz clic en la imagen,
además te invito a seguirme en

@monicavillegas escritora

@escribirparacrear

